

Alojaba yo cuando iba a C. en una casa que era los altos de la que él ocupaba. Esta noche de que voy a hablarle ~~salía~~ la familia a la playa. Temiendo verlo allá, yo no quise ir. Yo sabía que él estaba de novio y evitaba su encuentro. Le quería todavía y tenía el temor de que me leyera en los ojos (él, que tanto sabía de ellos) ese amor que era una vergüenza. Desde el corredor de la casa se veía el patio de la suya. Me puse a mirar hacia abajo. Había luna. Vi el sirviente que traía de adentro unas ropas que pensé serían de él -de su patrón-; después le oí gritar: "Ya me voy, patrón." Comprendí que el patrón no había salido. Me senté y seguí mirando y oyendo. ¡Lo que vi y lo que escuché! La novia había venido a verlo y por evitar, quizás, la presencia del amigo con quien compartía la pieza, salió con ella al patio. Por otra parte, tal vez la luna los llamaba afuera. Trajo para ella un sillón; él se sentó en un banquillo. Recostaba la cabeza en las rodillas de ella. Hablaban poco, o bien era que hablaban bajo. Se miraban y se besaban. Se acribillaban a besos. La cabeza de él -mi cabeza de cinco años antes!- recibía una lluvia de esa boca ardiente. Él la besaba menos, pero la oprimía fuertemente contra sí. Se había sentado sobre el brazo del sillón y la tenía, ahora, sobre su pecho. (El pecho suyo, sobre el que yo nunca descansé.) Yo miraba todo eso, Manuel. La luz era escasa y mis ojos se abrían como para recoger todo eso y reventar los globos. Los ojos me ardían, respiraba apenas; un frío muy grande me iba tomando. Se besaron, se oprimieron, se estrujaron, dos horas.

Empezó a nublarse, y cuando una nube cubrió la luna, ya no vi más y esto fué lo más horrible. No pudiendo ver, imaginaba lo que pasaría allí, entre esos dos seres que se movían en un círculo de fuego. Yo había visto en ella temblores de histérica; él era un

hombre frío, pero claro es que era de carne y hueso. No pude más. Había que hacer que supieran que alguien los veía de arriba. ¿Gritar? No: habría sido una grosería. Despedacé flores de las macetas de arriba y se las eché desmenuzadas sobre lo que yo adivinaba que eran sus cuerpos. Un cuchicheo y después la huida precipitada. ¿Ha vivido usted., M., unas dos horas de esa especie?

Vea usted lo que pasó al otro día. Iba yo a embarcarme para L. S. cuando al salir me encontré con él. Como otras veces, traté de huirle. Me alcanzó y me dijo:

-L. por favor, óigame.

Tenía una mancha violeta al rededor de los ojos: yo otra un poco roja. La de él, pensé yo, es de lujuria; la mía era la del llanto de toda la noche.

-L. -me dijo-, mi vida de hoy es algo tan sucio que Ud. si la conociera no le tendría ni compasión.

Quizás quería contarme todo; pero yo no le contesté, no le inquirí ■ de nada.

-L., le han dicho que me caso. Va usted a ver cómo va a ser mi casamiento; lo va a saber luego.

¿Qué pasaba en ese hombre a quien faltaban diez o quince días para unirse a aquella a quien, a juzgar por lo que yo oí, quería? ¿Qué alianzas son éstas, M.? Ella queriéndolo y explotándolo hasta hacerlo robar; él hablándome de su vida destrozada, a raíz de esa noche de amor, con algo de la náusea en los gestos y en la voz. Esas son las alianzas de la carne. A la carne confían el encargo de estrecharlos para siempre, y la carne, que no puede sino disgregar, les echa lodo y los espanta, llenos ambos de repugnancia invencible.

Siguió hablándome y acabó por decirme que en mi próximo viaje

(que era en fecha fija) me iba a ir a esperar a la estación. No pudo ir; se mató 15 días después.

Le he contado esto para que crea usted que puede decírseme todo. Yo estoy segura de que no podré sufrir jamás lo que en esa noche de pesadilla. Estoy hecha para esto, para que se quieran a mi vista, para yo oiga el chasquido de sus besos y les derrame jazmines sobre sus abrazos de fuego. Aquel en 1909; hoy, cualquier otro...

¿Lo estoy ofendiendo, Manuel? Perdóneme, en mérito de que le evito el relato fatigoso de lo que su carta ha hecho en mí. Los seres buenos se hacen mejores con el dolor; los malos nos hacemos peores. Así yo. Perdóneme.

Su L.

20 de Mayo - 1915 (?)

Tengo por el campo un cariño sincero, no el de la mayoría de los poetas, que no lo es tal. Tengo una ambición única, que me ayuda a vivir. Alimento 10 años de servicios, casi para 11. Espero conseguir que me abonen 4 más. Jubilaría con la 1/2 o 1/3 de sueldo en 4 años más. Yo vivo con poco; no como lo más caro: las carnes; me visto pobremente. Procuraré tener de aquí a cuatro años un pedazo de tierra con árboles y me iré a vivir lejos de toda ciudad, con mi madre, si aun vive; si no, con mi hermana o con un niño que deseo criar. Tengo un ansia muy grande de descanso. Quiero leer mucho, estar sin la gente y sembrar y regar árboles. Es un deseo que se me hace a veces desesperación y quiero realizarlo más luego, Man. La enseñanza es mecánica y es amarga. Yo que he trabajado desde los 15 años me he fatigado demasiado pronto. Esta conquista del pan ha sido para mí -antes- demasiado dura y estas cosas me han arruinado energías, ale-

grías, esperanzas, que hoy no puedo resucitar. Debieran tener los hombres, Manuel, un criterio distinto para apreciar cada esfuerzo y para juzgar cada acto de los que nos hemos peleado cara a cara con la miseria para que la miseria no nos entierre en el lodo. Si con un criterio así me juzgaran, Manuel, podrían perdonarme el que hoy se haga en mí un eclipse moral y tire al suelo mi fardo y diga vigorosamente que ■ quiero tener un paréntesis de amor y de dicha, que me lo merezco, que de los rosales del camino esta vez quiero cortar una rosa, una siquiera, para seguir después la jornada aspirándola y cantándola. Todo esto me ha venido a flor de labio y de alma por ciertas cosas vistas ayer y por una carta que junto con la suya recibí de mi mamá.

...He aquí que me detuve en el camino a beber y que mis ojos se enamoraron de la fuente más pura, bordeada de helechos más finos, la que daba su canción más dulce, la que prometía más frescura a los labios reseco. Esta fuente era ajena; pero quería dar su cristal. ¿Cómo dejarla después de oír su clamor: "¡Bébeme!" y después de haberla visto tan serena y tan honda? Los hombres que acusen y que lapiden; Dios quizás perdone, por las heridas que daban a la viajera la fiebre que la llevó a beber; por la plenitud de la fuente, que se hacía dolorosa; porque aquella fuente quería ser aliviada de su exceso de frescura, de linfa azul. Manuel ¿me acusa usted? Yo no lo acusaré nunca. Abracémonos, renegando del error fatal de la vida, pero amándonos mucho, porque este dolor de ser culpable sólo puede ahogarse con mucho, con mucho amor.

10 de Febrero (1915?).

...Tengo un Cristo único con unos ojos que en vano busqué en otros. Más tarde le mandaré una copia de él. Cuando vuelvo a mi cuarto tras larga ausencia tiene un modo especial de mirarme y de interrogarme.

-¿Qué te hicieron? ¿Por qué vienes más triste?

Y yo:

-Señor, yo quería remendar la saya rota de mi pobre vida. Dulce mano, mano fina como la tuya me daba hilos claros, flequería de aurora, para unir los jirones. Yo estaba como en un encantamiento. Pero he aquí que la mano solía dar pocas hebras y era que tejía vestido de alegría a muchas almas. Como la otra vez, Señor, yo iba cantando por el camino segura de su mano que iba entre las mías; pero su cuerpo mismo me cubría a la otra, que iba prendida de su otra mano. Y sucede, Señor, que yo soy de esos pobres soberbios que no reciben sino el pan íntegro, que no admiten poner la boca para recoger las migajas del banquete. Tú ves, Señor, cómo sería piadoso que un día esta angustia suave que me exprime el corazón se hiciera mayor y me acostara ella en la tierra; tú ves que se ahorraría alguna vergüenza y algún infortunio. Hoy no; dice que mi charla le entretiene y suele hacerle olvidar. Puede que así sea. Le llenaré los huecos de fastidio que se le hacen en el espíritu. Cuando ya haya dejado su soledad, lo cederé a los demás. Dije mal: él se cederá a los otros. Señor, tú sabes que no hay en mí pasto de amante entretenida, tú sabes que el dolor me ha ~~puesto~~ puesto la carne un poco muda al grito sensual, que no place a un hombre tener cerca un cuerpo sereno en que la fiebre no prende. Para quererlo con llama de espíritu no necesito ni su cuerpo, que puede ser de todas, ni sus palabras cálidas, que ha dicho a todas. Yo querría, Señor, que tú

me ayudarás a afirmarme en este concepto del amor que nada pide; que saca su sustento de sí mismo, aunque sea devorándose. Yo quería que tú me arrancarás este celar canalla, este canalla clamor egoísta. Y te pido hoy esto y no desalojar el huésped de la aurora que hospeda tres meses el corazón, porque, te diré, es imposible sacarlo ya. Como la sangre se ha esparcido y está en cada átomo del cuerpo y del espíritu. Del cuerpo, como energía para vivir; del espíritu, como yemas de alegría. Y esparcido así ni con tenazas sutiles se puede atrapar. Señor, es un diablillo! Cuando has creído tomarlo● se te hace humo.

Lo que el Cristo me contestó irá después. Contésteme por certificado bajo mi nombre.

Suavemente, en las sienes.

25 de Febrero (1915).